

José, príncipe de Egipto: La sabiduría del profeta

Muchos opinan que la sabiduría y la profecía son asuntos pertenecientes a dos ámbitos diferentes. La sabiduría concierne a la vida presente y la profecía concierne al futuro. La sabiduría nos hace pensar y discernir el camino correcto a tomar en nuestra existencia diaria, mientras que la profecía nos hace soñar con la tierra prometida de paz, una realidad que está más allá de este mundo.

Sin embargo, esta propuesta refleja una disociación entre el dominio físico y el dominio espiritual. Tiene sus orígenes en la filosofía griega y se basa en una mentalidad dualista que es ajena al pensamiento bíblico. Desde el punto de vista bíblico, el comportamiento ético en la vida presente y el pensamiento espiritual sobre el futuro van de la mano. En José, el profeta espiritual que sabe lo que se avecina, se encuentra con el sabio ético que toma acciones decididas en el presente: «La sabiduría está en saber qué hacer a continuación. La virtud está en hacerlo».¹

Como José sabía «qué hacer a continuación», el faraón lo eligió para que lo hiciera él mismo (Gén. 41: 39, 40). La historia bíblica

1. David Starr Jordan, «The Ideals of Stanford», *Land of Sunshine* 9, nº 1 (junio-noviembre de 1898), p. 11.

relata el cumplimiento de los sueños de José. Estará de pie ante sus hermanos y ellos se postrarán ante él, tal como lo anunciaban sus sueños. Aunque él recuerda sus sueños, no vive pasivamente su cumplimiento. Cuando sus hermanos vienen a buscar comida, aprovecha la oportunidad para enseñarles lecciones espirituales y éticas. Sacude sus conciencias y les hace ver lo falsos que eran. Les hace darse cuenta de la misteriosa providencia de Dios a través de la prueba de la copa y en un desenlace espectacular, finalmente los confronta como su hermano biológico, aquel que vendieron como esclavo.

Los espías palestinos

Veinte años después de deshacerse de José, sus hermanos viajan a Egipto para comprar grano. Allí son confrontados nada menos que por el mismo José, a quien habían vendido, ahora convertido en el «señor de la tierra» (Gén. 42: 6). La historia del encuentro destaca tres temas principales: (1) el cumplimiento de los sueños de José; (2) la prueba y la humillación de los hermanos de José; y (3) el arrepentimiento de los hermanos.

Apenas sus hermanos se inclinan ante él, José los reconoce y recuerda sus sueños (vers. 9; cf. Gén. 37: 5-9). Se da cuenta de que sus sueños se están cumpliendo y comprueba el cumplimiento durante los tres encuentros que tiene con sus hermanos. El primer encuentro ocurre con diez de ellos (Gén. 42: 1-38), precisamente aquellos que cuestionaron sus sueños y que lo odiaron a causa de estos (Gén. 37: 8, 19). En el segundo encuentro se suma su hermano menor, Benjamín (Gén. 43: 1-45: 28); todos se inclinan ante José tres veces (Gén. 43: 26, 28; 44: 14). El tercer encuentro ocurre con Jacob, quien va por primera vez a Egipto (Gén. 46: 1-47: 31) y también se inclina ante José (Gén. 47: 31), cumpliendo así el sueño que el mismo Jacob había cuestionado (Gén. 37: 10).

Estos diez hombres son notablemente diferentes de los egipcios. Los hermanos de José seguramente atraen la atención, por

sus barbas y sus ropas de lana de colores, que contrastan marcadamente con los egipcios, rasurados y vestidos con ropas de algodón. La referencia de José a unos espías, una amenaza real en tiempos de crisis, sugiere que disponía de una buena red de información. Los servicios de inteligencia egipcios pueden haber notado a estas diez personas y haberlas seleccionado para advertir a José. Cuando se asegura de que no lo reconocen, José procede con su plan y los acusa de ser espías, que vienen con la intención de detectar los puntos débiles y vulnerables de Egipto (Gén. 42: 9), y utilizar esa información para futuras redadas en el país. En tiempos de crisis económica internacional como los que están viviendo, con una afluencia abrumadora de inmigrantes, las sospechas de José están justificadas. Luego les propone demostrar que son «hombres honrados» (vers. 19), enviando a uno de ellos a Canaán en busca de su hermano menor, mientras los hermanos restantes permanecen como prisioneros en Egipto (vers. 16).

Después de haber sido víctima de la falsedad y las mentiras de sus hermanos, José los trata de acuerdo con lo que son. La única forma de comprobar su honestidad es que presenten pruebas concretas que los respalden. Los hermanos de José habían mostrado lo falsos que eran al enviarlo a Egipto; José ahora les pide que traigan a su hermano Benjamín a Egipto como prueba de su honestidad. Los hermanos de José entienden muy bien el mensaje de justicia o retribución implícito en la demanda que se les hace, porque al instante recuerdan su mala acción y se sienten «verdaderamente [...] culpables» (vers. 21, LBLA). La palabra hebrea *'ashem*, «culpable», también significa «castigo» o «compensación» por un daño. Ellos sienten que están pagando por lo que hicieron.

Resulta interesante que la palabra *'ashem* también designa el sacrificio de expiación (Lev. 6: 6, 7; 19: 21). Los hermanos sienten que deben expiar su culpa. La expresión: «Se decían el uno al otro» (Gén. 42: 21) es la misma que dijeron cuando comenzaron a conspirar contra José (Gén. 37: 19). Los que en el pasado «se dijeron el uno al otro» al conspirar contra él, son los mismos que «se decían el uno al otro» ahora, sintiéndose culpables por lo que

habían hecho. Por lo tanto, se evidencia claramente el proceso de arrepentimiento, e incluso confiesan su pecado (Gén. 42: 21). Llegan a la conclusión de que están pagando justamente por su falta (vers. 21). Rubén, quien había tratado de salvar a José, y a diferencia de sus hermanos «oyó» (Gén. 37: 21) cuando los otros no quisieron hacerlo (Gén. 42: 21, 22), refuerza la sensación que tienen de que están pagando por lo que hicieron: «Ahora se nos demanda su sangre» (vers. 22). Como víctimas inocentes del gobernador de Egipto, se identifican ahora con José, quien fue una víctima inocente de ellos.

Como José les hace creer que no entiende lo que hablan, y se comunica con ellos a través de un intérprete (vers. 23), puede comprobar su sinceridad. Cuando escucha la confesión de sus hermanos y evidencia el arrepentimiento genuino en sus rostros, se siente tan conmovido que no puede controlarse a sí mismo, así que se aleja para que no lo vean llorar (vers. 24). José llorará en otras siete oportunidades (véase Gén. 43: 30; 45: 2, 14, 15; 46: 29; 50: 1, 17). El poder y las exigencias de su cargo administrativo no lo han convertido en un político insensible. Todavía puede conmoverse; sigue siendo el sensible hermano menor. Pero no puede dejarse dominar por sus sentimientos. El amor de José por sus hermanos y el hecho de sentirse conmovido por su arrepentimiento sincero, no arruinará su plan y su profundo deseo de redimir a sus hermanos por completo.

Antes de que puedan disfrutar plenamente de la misericordia y la gracia, deben soportar plenamente los efectos de la justicia. La gracia solo se puede experimentar cuando se recibe con la conciencia del pecado y la expectativa de la justicia.

La copa mágica

De acuerdo con las instrucciones específicas de José, su mayor-domo inculpa a Benjamín usando su copa especial (Gén. 44: 1, 2). La repetición de la palabra *copa* y el calificativo de que es de «plata» sugiere su importancia y valor. El término hebreo para la copa

(*gabi'a*) es el que se usa para designar las copas de oro del candelero en el tabernáculo (Éxo. 25: 31). Esta copa (*gabi'a*) no es una «copa para beber» (*kos*) ordinaria; se trata de una vasija especialmente ornamentada, destinada a ocasiones especiales (Jer. 35: 5). Seguramente la habían usado durante el banquete del día anterior (Gén. 43: 16, 32-34) y como Benjamín fue el invitado de honor (vers. 34), tal vez tuvo el privilegio de beber en ella, seguramente admirándola. Por eso, tienen sentido los comentarios que hace el mayordomo cuando encuentra la copa en el costal de Benjamín: «¿Por qué han pagado mal por bien?» (Gén. 44: 4, RVC). Estas palabras son ambiguas. Aluden al «mal» que los hermanos le hicieron a José (Gén. 50: 17), pero también anticipan su perdón: «Ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios cambió todo para bien» (vers. 20, RVC).

El hecho de que a la copa se le atribuyan poderes mágicos aumenta la gravedad del delito. La palabra *mal* se repite una vez más, esta vez en relación con el poder mágico de la copa (Gén. 44: 5). La práctica de usar vasos para beber con fines de magia o libación (escifomanía) era común en el antiguo Egipto. La persona, generalmente un sacerdote, llenaba una copa con una bebida alcohólica especiada y luego vertía su contenido como una libación a un dios. El examen del sedimento dejado en el fondo de la copa (ondas, diseños) era luego descifrado como un mensaje del dios.

Por supuesto, la adivinación estaba prohibida en el pueblo de Dios (Lev. 19: 26; Deut. 18: 10). Que José se refiera a ella no significa que la esté practicando. Solo lo hace como otra estrategia para encubrir su identidad ante sus hermanos. El hecho de que José haya fingido hacer uso de esa práctica mágica conociendo los acontecimientos de antemano porque él mismo los orquestó, es una clara indicación de que no cree en esos poderes. El mayordomo de seguro comparte su escepticismo, porque es su cómplice de todo el plan: solo actúa y habla exactamente según las instrucciones de José (Gén. 44: 6).

Los hermanos responden con una retórica vehemente: «¿Por qué dice nuestro señor tales cosas? Nunca tal hagan tus siervos»

(vers. 7). Están tan seguros de sí mismos que se comprometen a morir o a convertirse en esclavos de llegarse a encontrar la copa en sus costales (vers. 9). El proceso de búsqueda del mayordomo sigue el mismo orden que cuando se les sirvió en la mesa de José, desde el mayor hasta el más joven (vers. 12; cf. Gén. 43: 33). Pero esta vez no se trata de honrar al más joven más que a los demás; por el contrario, la intención es acentuar su deshonra, al aumentar la sorpresa. A medida que el mayordomo avanza en la búsqueda, aumenta la seguridad de los hermanos. Sin embargo, cuando menos lo esperan, la copa finalmente aparece en el costal del hermano menor, Benjamín, a quien se menciona por primera vez (Gén. 44: 12).

Los hombres enmudecen. Se rasgan las vestiduras en señal de duelo y desesperación (cf. Gén. 37: 29, 34) y en silencio cargan sus burros y regresan a la ciudad (Gén. 44: 13). Todos están unidos en el mismo dolor, temiendo por Benjamín, que podría perderse como José, o convertirse en esclavo en Egipto. Es la misma situación, lo que implica la misma suerte. Sin embargo, la situación es cardinalmente diferente. Si bien antes eran culpables e indiferentes a la angustia de José y al dolor de su padre; ahora son inocentes, sufren a causa de Benjamín y se preocupan por su padre, que saben que no resistiría este nuevo sufrimiento. Irónicamente, la falsa copa mágica revela el cambio en los corazones de los hermanos; se han arrepentido y ahora están listos para el perdón. Pero todos los sentimientos y pensamientos que los asaltan permanecen sin expresarse. Judá entonces interviene para abogar por Benjamín, y ofrece ir a la cárcel «en lugar» (*tajat*) de él (vers. 33).

Es el mismo lenguaje utilizado para describir el sacrificio del carnero «en lugar» (*tajat*) de Isaac (Gén. 22: 13). Judá se identifica con el sacrificio sustitutivo, cuyo propósito es expiar el pecado y convertir el mal en bien. La referencia adicional de Judá al «mal» (Gén. 44: 34) bien puede sugerir la misma línea de pensamiento. La palabra «mal» (*ra'*) vuelve a aparecer en la historia de José: se usa para referirse a la bestia que habría matado a José (Gén. 37: 20, 33), al «mal» del que Jacob acusa a sus hijos por mencionar

ante el gobernante de Egipto que tenían otro hermano (Gén. 43: 6), e incluso al «mal» del que se les acusa en respuesta al «bien» que habían recibido (Gén. 44: 4, 5). La repetición de la palabra *mal* anticipa la inminente revelación de José: detrás de todo ese mal, Dios estaba obrando para el bien (Gén. 45: 5-8; cf. Gén. 50: 20). La idea de que al tomar el lugar del culpable, el inocente Judá convierte el bien en mal, se relaciona con la idea de que Dios convertirá el mal en bien.

Todas estas ideas relacionadas denotan una teología de la salvación. La solución al problema del mal pertenece a la acción creadora de Dios, quien transforma el mal en bien, una operación que depende de un misterioso proceso de sustitución.

«Soy yo, el que vendieron»

La disposición de Judá para ocupar el lugar de Benjamín debe haber tomado a José por sorpresa. Definitivamente, ha cambiado en forma drástica. No solo es considerado con su padre y sus hermanos, también su lenguaje refleja una profunda madurez espiritual. Judá está en contacto con Dios.

José se siente conmovido y abrumado por tantas emociones. Hasta ahora había podido controlarse (Gén. 43: 31), pero ya no puede hacerlo más. Esta es la tercera vez que llora y la más fuerte. Comienza a llorar y de repente despide a todos, excepto a sus hermanos (Gén. 45: 1, 2). Es una experiencia demasiado personal para tener público. Por primera vez, José se disocia de los egipcios, que realmente no lo conocen. Por primera vez, será él mismo, sin hacer esfuerzos por disfrazarse o fingir que es otra persona.

Solo después de que todos los egipcios han salido del lugar, José se da a conocer a sus hermanos. El verbo «se dio a conocer» (*hitwadá*), la forma reflexiva (*hitpael*) de la raíz *yadá* «saber», contiene una velada alusión a Dios. La única otra aparición de esta forma verbal en las Escrituras hebreas se refiere a la revelación que Dios hace de sí mismo a Moisés (Núm. 12: 6). El mismo verbo en *nifal*, con un sentido reflexivo, describe la autorrevelación de

Dios (cf. Éxo. 6: 3; Sal. 9: 16 [17]; 76: 1 [2]; Eze. 20: 9). El uso de esta forma sugiere que al darse a conocer a sus hermanos, José buscará que Dios también se revele. La confesión parece irreal para los hermanos de José. Aquel a quien percibieron como el visir distante y despectivo de Egipto, en realidad es su hermano perdido desde hace tanto tiempo.

José nota su consternación, y repite por segunda vez: «Yo soy José» (Gén. 45: 3, 4). Los hermanos están perplejos y preocupados. Incluso pueden tener ciertas dudas sobre la afirmación de José, ya que este no les da mayor información. La situación les resulta sospechosa, sobre todo teniendo en cuenta las experiencias más recientes que habían vivido con este hombre. Los hermanos optan por no responder (vers. 3). Es por eso que José repite por segunda vez: «Yo soy José», pero esta vez es más preciso y agrega un dato que nadie conoce, excepto los diez hermanos (excluyendo a Benjamín) y él mismo, soy «su hermano, el que ustedes vendieron a Egipto» (vers. 4, RVC).

Ahora la reacción de los hermanos es inmediata y contundente. José detecta que los hermanos sienten una mezcla de angustia e ira contra sí mismos (vers. 5). Esa misma combinación de palabras hebreas, *'atsab*, «angustia» y *jara*, «ira», aparece en otras dos ocasiones en las Escrituras, siempre caracterizando el estado mental de alguien que está abrumado por esas dos emociones (Gén. 34: 7; cf. 1 Sam. 20: 34).

Para tranquilizar a sus hermanos, José responde con un principio fundamental que subyace en toda la historia. Les dice que Dios está detrás del curso de los acontecimientos y que él convierte el mal en bien. Fue Dios quien lo envió a Egipto (Gén. 45: 7-8). Antes de que lo vendieran, su padre Jacob lo había «enviado» a indagar el *shalom* de sus hermanos (Gén. 37: 13, 14). El verbo «enviar» (*shalaj*) se usa tres veces en este párrafo (Gén. 45: 5, 7, 8) para insistir en que fue Dios quien lo envió. Dios lo envió delante de sus hermanos con un propósito específico: «Darles vida» (vers. 7). José sugiere que fue necesario que lo vendieran para asegurar su supervivencia. Si bien los hermanos pensaban que *ellos* lo habían vendido, fue Dios el que realmente dirigió toda la operación.